

EL CAMAROTE
DE LA
MEMORIA

Agustín Díaz Pacheco



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
www.bailedelsol.org - E-mail: bailesol@idecnet.com

EL CAMAROTE DE LA MEMORIA Y LA LITERATURA DE LAS PEQUEÑAS NACIONES

El día de Navidad de 1911, Franz Kafka anota en su diario unas escuetas reflexiones sobre lo que él denomina la literatura de las pequeñas naciones. Se está refiriendo el joven escritor tanto a la literatura judía del este de Europa como a la checoslovaca y, con ellas, al contexto cultural en el que hallarán acomodo sus escritos.

Arrastrado por el entusiasmo de quien percibe sus aptitudes a la altura de sus propósitos intelectuales y estéticos, y no sé si equivocándose al medir su entorno con el rasero de su propio talento, su diagnóstico es eminentemente optimista: las pequeñas literaturas, afirma, acabarán haciendo de la necesidad virtud, traduciendo todas aquellas carencias que las separan con desventaja de las grandes literaturas —como el peso de los genios, la presencia de modelos y tradiciones o la elevación distanciadora respecto a la cotidianidad— en puntos de arranque y acicates para una saludable dinamización de la creatividad artística.

Los vientos de la historia desmintieron al autor de *El castillo* y *El proceso*, aunque es justo reconocer que fueron los avatares derivados del nazismo y del holocausto judío los que sofocaron las posibilidades de desarrollo literario soñados por Kafka para su círculo más amplio.

Sin embargo, y especialmente a la luz de la honda universalidad del orbe narrativo kafkiano, no deja de tener actualidad

permanente la reflexión en los términos que maneja el escritor de Praga, es decir, tanto desde el concepto de pequeña literatura esgrimido como apelando con noble ambición a que quienes produzcan sus obras en el ámbito de la misma no renuncien jamás a una excelencia artística homologable globalmente.

Es más, su planteamiento se nos antoja singularmente pertinente a la hora de evaluar la significación de una trayectoria literaria como la de Agustín Díaz Pacheco, o a los efectos que aquí nos atañen, el papel de una novela como *El camarote de la memoria*, que hoy tenemos la satisfacción de volver a leer con motivo de una muy necesaria nueva reedición.

Y es que basta repasar los testimonios de los escritores canarios que, al igual que Kafka, no pueden sino vivir su propia condición de creadores como problema, porque —con independencia de lo que piensen unos y otros sobre la cuestión de la identidad y los nacionalismos en esta era postmoderna— no puede ser lo mismo escribir en el marco de una literatura pequeña que una grande, contando con el paraguas de un amplio e indiscutido canon o desprovistos del mismo, sintiendo que la propia literatura es, a lo sumo, y por ventura, una “luz añadida” a la literatura española, como piensa Andrés Sánchez Robayna, o bien un “instrumento de lucha en la liberación política de mi Patria Canaria”, según opina Víctor Ramírez.

Entiéndaseme bien. No aspiro a elucidar aquí la problemática general de la literatura canaria, ni contribuir a la siempre polémica discusión respecto a sus contornos, sus rasgos distintivos y sus límites jurisdiccionales. Antes bien me interesa resaltar que la producción de Agustín Díaz Pacheco implica, por el mero hecho de surgir en el seno de una literatura joven, una toma de postura harto reveladora con respecto al todo; y que, más allá de esta circunstancia, y en la medida en que toda narrativa consistente conlleva a un compromiso serio con la realidad y el lenguaje,

tiene además la virtud de ilustrar una vez más la apasionante dialéctica entre el escritor individual, que compone en la azarosa soledad de la creación, y la sociedad literaria, con su sistema de claves culturales, entre el libre vuelo de la imaginación, pues, y las expectativas del medio ideológico, político y social.

Equivale lo anterior a manifestar, pues, que Agustín Díaz Pacheco es un escritor de raza, y sus libros nada menos que literatura. Por eso, aunque su condición creativa y talante crítico le condenen, como es palpable, a la soledad de la verdadera inteligencia, no le faltarán lectores ávidos de surcar un universo de lenguaje que no defrauda. Y es que *El camarote de la memoria*, no sólo está entre las novelas canarias más prometedoras y sorprendentes de las últimas décadas, sino que es un texto cuyas virtudes más hondas pertenecen aún al futuro.

Al comienzo de este breve ensayo hemos mencionado a Kafka, y es el momento de recordar que Díaz Pacheco mantiene cierto parentesco espiritual con escritores centroeuropeos de la estirpe de Ernst Jünger, Thomas Bernhard, Peter Handke o Dino Buzzati, esto es, que al igual que ellos arroja una mirada crítica, acerba y desengañada sobre la realidad, a la par que rehúye cualquier costumbrismo localista o verismo fotográfico, negándose a practicar el guiño facilón y adulador, y esforzándose a cambio por constituir un objeto lingüístico autónomo; una atalaya, en definitiva, insobornablemente personal, que no autobiográfica o confesional, ubicada en las antípodas de esa tematización trivializante y populista que practica sin escrúpulo determinado post-modernismo.

La siguiente cita, extraída de una conversación con Luis León Barreto (*La Provincia*, 5 de julio de 1987), sirve para aportar enteros a nuestra comprensión del escritor y de su peculiar imbrica-

ción entre los mundos externo e interno, así como su concepción del papel del escritor ante lo que, a falta de un nombre mejor, llamaremos realidad:

“Para mí es necesaria la fantasía, la fantasía y la realidad. Ambas se complementan. Los escritores nos movemos en la circularidad de nuestras obsesiones, miedos y querencias. Somos tributarios de las emociones, lo cual nos impide que nos marquemos un estilo definitivo. La experiencia, los equívocos de la vida, el atropello del tiempo y la lejana cercanía del fin van delimitándonos como a las demás personas. No somos seres excepcionales; quizá eso sí, hipersensibles y dolorosamente observadores. No obstante, hay que tener bien asumido nuestro propio estilo. Podrá variar el itinerario, pero sin que se altere la meta. El propósito no es remedar experiencias anteriores, sino continuar escribiendo conforme a exigencias de equilibrio. Mis análisis están por un escepticismo esperanzado. Entender la literatura como un intento de disección de nuestras interioridades. Quebrar la apariencia. Es necesario transgredir la superficie y bucear en los laberintos interiores, sin ignorar la realidad que nos rodea, otro tipo de realidad más luminosa y evidente, pero que no elimina el enigmático universo interior.”

Explorador de una experiencia existencial compleja a través de un ejercicio de fabulación sumamente original, Díaz Pacheco no es un escritor fácil ni exhibicionista. Al contrario, forcejea y batalla incansablemente con las palabras, las lima, las sopesa y no pocas veces las elimina, sabedor de que el trabajo con el lenguaje es siempre una tarea inacabable, una carrera de fondo en la que nada está asegurado excepto el sacrificio; un ritual depurado que, naturalmente, nunca debe resultar visible, sino quedar a la postre pulcra y decorosamente elidido.

De esta concepción de la escritura se desprende un estilo concentrado y económico al que más adelante nos referiremos, pero también austeridad en su producción y un ritmo exasperantemente autoexigente a la hora de escribir y configurar el canon del autor. Es consciente del riesgo que entraña prodigarse sin más sentido que la mera publicación. En efecto, después de una dedicación inicial a la poesía que no deriva en libro impreso, Díaz Pacheco ha publicado seis libros de cuentos, además de la novela que nos ocupa: *La cadena de agua y otros cuentos*, en 1984; *La rotura indemne*, en 1989; *La mirada de plata*, en 1993; *Proa en nieblas*, 1999; *Breves atajos*, 2001, y *Línea de naufragio*, en 2002 y reeditada en el 2006; aparte de otras publicaciones dispersas y, desde luego, de sus frecuentes artículos de opinión y crítica literaria en diversas publicaciones periódicas y algunas traducciones a otras lenguas.

Pero centrémonos ya en *El camarote de la memoria*, que a todas luces constituye el jalón más significativo de su narrativa y que es, sin duda, una obra paradigmática más allá del hecho de que obtuviera el Premio de Novela “Ángel Guerra” en su edición de 1986. ¿En qué consiste su singularidad, y cuáles de sus valores son susceptibles de ejercer un impacto más señalado y fecundo?

Han sido bastantes, y sin duda competentes, los críticos del archipiélago que se han ocupado del libro, entre ellos Sebastián de la Nuez, Yolanda Arencibia, Manuel V. Perera, Víctor Rodríguez Gago, Juan-Manuel García Ramos, Jonathan Allen y El Hadj Amadou Ndoye. Si se me permite sintetizar sus observaciones, acomodándolas a mi propio lenguaje, *El camarote de la memoria* sería una novela de viaje y también una epopeya marina, que relata una expedición en busca de la llamada Isla Fugaz, trasunto de la de San Borondón.

Utilizando un lenguaje cuidado, preciosista, barroco, y haciendo uso de una estrategia mítica, simbólica y casi alegorizante, que, conforme avanza la narración, va derivando cada vez más hacia una aventura fantástica, la historia se articularía en varios niveles de realismo, terminando por sustituir la verosimilitud fáctica de los primeros capítulos por un ambiente fantástico y surreal, a la manera de las novelas medievales.

Por lo demás, en la obra serían detectables influencias del realismo fantástico a la manera de Borges, Donoso o Carpentier, amén de lógicos paralelismos con ciertas utopías literarias, tales son las de Tomás Moro o Tomás Campanella.

Ningún crítico parece haber reparado, en cambio, en otro precedente literario que considero en extremo pertinente, y que procede del epicentro del romanticismo inglés. Me estoy refiriendo al largo poema alegórico de Samuel T. Coleridge, *La rima del viejo navegante*, cuyo “Argumento” queda así en la cuidada traducción de Adolfo Sarabia Santander: “De cómo, habiendo un barco atravesado la línea del ecuador, fue arrastrado por las tormentas hacia las regiones frías cerca del Polo Sur; y de cómo desde allí siguió su curso hacia las latitudes tropicales del gran Océano Pacífico; y de los extraños sucesos que acontecieron; y de qué manera el anciano navegante regresó a su patria.” (Editorial Bosch, Barcelona, 1983, página 57).

Como es bien sabido, se trata de una balada sobrenatural y alegórica con todos los ingredientes del viaje iniciático, dotado de un protagonista que tiene muchas de las características del Judío Errante, y en el que se suscita una atmósfera densamente fantasmal, mediante la cual el poeta visionario (y opiómano) se propuso trazar una alegoría de la vida humana en toda su contradictoria complejidad, preñada de dudas, de culpas insospechadas, de pesadillas, redención y soledad.

Los pasajes onírico-subconscientes de las composiciones escritas dentro de esta tradición, que implica esa recuperación de elementos medievales tan cara a los románticos y prerrafaelistas, y

que acabará reapareciendo transmutada en el *Corazón de la oscuridad*, de Conrad y, por supuesto, en la espléndida versión cinematográfica *Apocalypse Now*, de Francis Ford Coppola, tienen ecos y reflejos tan originales como logrados en los diversos anacronismos que sazonan la novela de Díaz Pacheco, desde el increíble contenido de *El camarote de la memoria* (todo un ejercicio de pedagogía literaria como los introducidos por autores clásicos en sus obras, de Gottfried von Strassburg a Cervantes) hasta el súbito encuentro con los caballeros medievales hablando en esperanto, o el propio y alucinante final de la novela.

Por supuesto que el relato del viaje responde a antiquísimo arquetipo y que, desde siempre, dicho viaje aparece asociado a un héroe inquieto que, como sostiene Jüing, expresa así un anhelo nunca saciado, acaso una contradictoria huida de la madre, en cualquier caso un mecanismo susceptible de propiciar una evolución en los protagonistas, mas nunca la fusión con el objeto deseado.

Porque, como afirma el ingeniero Stone en *El camarote de la memoria*: “Cada día de nuestra experiencia está injertada en el aire, y no por ello desistimos de nuestras ideas, ni desinflamos nuestras empresas.” A lo que el judío Simón Toledo le replica: “La aventura es la sombra de la muerte”.

Igualmente es arquetípico el requisito de pureza que aparece exigido para que la búsqueda se vea coronada por el éxito, que evoca, entre otros, el vasto ciclo del Grial. Como resultan arquetípicos los personajes, representantes de estamentos o grupos sociales como en los amplios frescos pictóricos de la literatura medieval.

Y junto al valor paradigmático de los personajes principales, capitaneados por el capitán Montelongo, los agudos dones de introspección psicológica del narrador, la capacidad de descripción sintética, o los pasajes en los que sale a relucir esa clase de inteligencia propia del escritor, y que resulta ser una combinación de poder de observación, capacidad metafórica y tropológica, y

permanente sensibilidad ante la imagen, de los que puedan dar somera muestra estos dos breves ejemplos:

“Pero toda empresa humana necesita la ganzúa circular del metal; sufragar gastos, apadrinar propósitos, cercenar inquietudes. Tarea tan adversa como la de hallar la isla”.

[...]

“El grito de olor de la taberna le llegó de frente; un grito de madera húmeda, vieja humedad que otrora colgaba esféricamente de los viñedos, confundida con sonoras risotadas, raspadas por la euforia del alcohol, conversaciones de hombres broncas y acaloradas, engullidores de amuletos líquidos con los que amedrentar obsesiones”.

Creo que bastan estos apuntes para intuir que si hay un epíteto que cuadra a *El camarote de la memoria* es el de novela poética. Con ello no quiero decir “lítica”, sino manifestar que la densidad verbal y simultánea economía del lenguaje, la riqueza terminológica o la creatividad retórica conforman un discurso nada estandarizado, que busca constantemente el hallazgo destelleante y el sentido insospechado, accediendo de esta suerte a un nivel superior de verdad literaria.

Subsisten otros muchos elementos estructurales de interés que son merecedores de un estudio pormenorizado imposible de abordar en este ajustado comentario. Ahí está, como botón de muestra, el énfasis numerológico en el número siete, pues siete son los brazos de la Menorá de Simón Toledo, siete las islas de las que proceden los hombres que habrán de poblar ese microcosmos o isla artificial constituida por el *Hades*, siete los lagartos que lleva consigo la vieja, o siete, incluso, los sorbos de cerveza que apura el capitán Montelongo en la taberna.

Finalmente, y para resumir mis impresiones tras una lectura agradecida y detallada de *El camarote de la memoria*, concluiré que la novela es, sobre todo, una escrutadora mirada sobre el

archipiélago canario, así como un intento de definición de su espacio en forma de territorio mágico, mestizo, multicultural y misterioso.

Por todo ello, estimo que Agustín Díaz Pacheco nos ha entregado una arquitectura de imágenes, o una metáfora compleja, que suponen mucho más que una estupenda novela. Si volvemos por un momento a Franz Kafka y a su sueño de una pequeña literatura pujante y con capacidad de conquistar su futuro, tenemos motivos para sospechar que *El camarote de la memoria* supone un paso decisivo en la dirección adecuada.

Bernd Dietz

*Catedrático de Literatura Inglesa y Norteamericana y escritor
Universidad de Córdoba (España)*

El presente artículo crítico fue escrito en 1997 y publicado en *Cuadernos del Ateneo de La Laguna*, número 2, 1997; páginas 41-43. El propósito inicial era que figurase en calidad de prólogo en la primera reedición de *El camarote de la memoria*. Ahora, recupera su legítimo destino.